

Vía crucis

ORACION

Dulcísimo Jesús: aquí está en pobre pecador, que quiere acompañar a tu Madre en el Camino del Calvario ¿Qué méritos tengo para ello? Ninguno; pero arrastro la carga de mis culpas, y para los oprimidos por este gran mal viniste al mundo, sufriste penas, y lloró tu santísima Madre. Si por causa mía te vieron los mortales, y las almas sintieron el dulce halago de tus misericordias ¿qué títulos mayores pueden presentarse para alcanzar el honor de amarte, de compadecerte, y de ser un rendido esclavo de tu voluntad? Y si tú al morir nos diste a María por Madre nuestra ¿qué excusa podrá alegar un hijo, que en los momentos de dolor no acompaña a su Madre? Oh! Yo voy contigo, Madre mía; estoy obligado a ello, y además lo necesito para no sucumbir a la vista de los sacrificios inmensos que se precisaron para dar vida a su alma. ¡Ea, Madre amantísima apóyate en mi debilidad yo lo haré en tu fortaleza, y la gracia de tu Hijo nos acompañé a los dos en este camino sangriento.

000000

1ª Estación. - JESÚS ES CONDENADO A MUERTE.

I

El Ajusticiado

Era físicamente de constitución delicada y perfecta. Su frente espaciosa manifestaba en su ternura la serenidad y grandeza con que en la mente se ceñían los más noble pensamientos. Sus ojos dulcísimos daban, no aliento de vida, sino la misma vida. Fluyendo continuamente de sus labios palabras henchidas de profunda significación moral, calmaba esos dolores del espíritu que tantas víctimas han hecho. Joven aún se impuso el sacrificio inmenso de iluminar inteligencias brumosas y labrar corazones empedernidos para que brotaran en ellos, dentro de una atmósfera limpia ya de prejuicios y de errores las plantas y los frutos del bien. En esta labor tan augusta, le acompañó con su ternura y sus afanes, y su llanto la Madre más bella y más santa que dieron jamás los cielos a criatura racional.

El premio de tantas fatigas concedido por los hombres a estos dos seres sublimes fue una sentencia de muerte para el primero y, como consecuencia un puñal brutalmente afilado, que partió el corazón de la segunda.

Jesús de Nazaret se llamaba el Ajusticiado; su Madre, María; Pilatos, el juez inocuo autor de la condena. Pero. ¿Quién la inspiró? ¿Judas? ¿Caifás? ¿El miedo? ¿El lucro? ¿La envidia, el rencor y el odio? Sí, todo eso; todas las pasiones humanas; yo, yo mismo con mis ingratitudes.

María intercede por mi delante de tu Hijo; que no me sentencie desde el tribunal de su justicia; que no me condene y maldiga desde el patíbulo donde va a morir.

000000

2ª Estación. - Jesús carga con la Cruz.

II

El Patíbulo

Una corona de espinas rodeaba la augusta cabeza del reo. Hilos de sangre corrían por su divino rostro, humedeciendo su negra y ondulada barba. Una túnica de color morado, tejida por el cariño de una madre, cubría las erosiones y llagas que una flagelación salvaje produjo en su cuerpo delicadísimo. Una soga de espanto, nudosa, áspera, le aprisionaba el cuello por debajo de la abundante cabellera, salpicada profusamente de oscuros coágulos.

Desprendióse Jesús del vil cetro de caña, que sus verdugos le dieran para significar la oquedad y endeblez de sus doctrinas y de su Reino, y levantando sus ojos, velados por el llanto, los fue a clavar sobre una cruz recia y muy grande que le presentaron; era el patíbulo en que debía morir; Jesús extendió los brazos con verdadero afán, aprisionó el madero, y posó los labios en él. Era el eso del padre bueno, que perdona, del padre amante, que, al cargar con la cruz, carga también con toda la responsabilidad del hijo pródigo, del hijo ingrato, del hijo criminal. El peso del patíbulo era aplastante, tanto que la humanidad pecadora al librarse de él, respiró con alientos serviles. Volvían sus antiguas fuerzas por la inoculación de las energías de Jesús.

El sacrificio comenzaba. La vía sangrienta que había que recorrer para llegar al supremo holocausto, era un camino de penas de dolores, un camino de amarguras sin consuelo alguno.

¿María? ! ¡Madre amante! A ti me junto también para seguirle al pie de Jesús; porque al mirar mi conciencia tenebrosa, y los dolores y padecimientos de tu Hijo, moriría de horror y pesadumbre si no me animaran tu heroísmo y tu amor. Contigo, solo contigo y con Jesús podré soportar la carga de mis remordimientos. ¡Oh, no me abandones, Madre mía!

000000000

3ª Estación. Jesús cae en tierra por 1ª vez.

III

¡Cuánto pesa!

Sí, mucho; tanto que la víctima apenas puede andar; es muy larga, muy dura la cruz. El hombro sobre el que descansa, fuertemente contundido, se hunde; ¡se hunde hasta dislocarse! Las manos nerviosas crujen segadas dolorosamente al nudoso patíbulo. Las venas del cuello quieren saltar en chorros de sangre que, al encontrar salida por la frente, cae en turbiones que riegan el suelo ávido y pedregoso. Los ojos de Jesús, extremadamente abiertos, se ciegan con esa lluvia de vida. La fuerza muscular se resiente y debilita. La chusma vocífera; ríen los sacerdotes y fariseos; se irritan los verdugos; los golpes y bofetadas se suceden sin compasiva tregua; las trompas de la centuria romana vibran con estridente clangor; el oleaje de la muchedumbre se encrespa, y con bramido horrendo arroja sobre la víctima en un lenguaje de insulto (la espuma sórdida que se ha formado en el fondo de sus corazones; ¡corazones viles, indudables ciénagas que, al removerse, infestan y asesinan!...

Un puntapié brutal, y un tirón violento y rapidísimo de la soga que rodea el cuello de Jesús, dan con el Ajusticiado en tierra. La cruz le machaca la cabeza y las espaldas; los sayones le arrastran por los cabellos, el rencor aplaude; lloran los ángeles del cielo; y María, la Madre adorada ... no lo ve, no puede verlo; ¡no debe verlo!... ¡Es un espectáculo demasiado atroz para un alma tan sensible como la suya!

¡Ven Madre mía! Ven a mis brazos! Oculta tu divino rostro en mi pecho. Aplica tu oído allí. ¿No oyes?... es el rumor de una nueva tormenta; es el estallido del recuerdo que mata; es la voz solemne del criminal arrepentido; es el amor que abre paso ¿Te consuelan mis caricias? ¿mis lágrimas? ¿Tienen algún valor por ti? ¡Tómalo todo, todo! Pero no mires allí, al espectáculo, que está dando la hediondez humana, Madre mía; ¡no mires, que adonde más se necesitan tus dulcísimos cuidados en las fibras de mi corazón!...

000000

4ª Estación: Jesús encuentra a su Santísima Madre.

IV

¡Adiós Madre mía!

¡Madre, Madre! Tu llanto me conmueve; tu dolor es tan grande que no puede calmarle mi pobre cariño. Tu afán por acercarte a Jesús es tan sincero, tan humano, tan sublime, que sería una crueldad el estorbar tu paso. ¡Ah, Madre mía! Apóyate en mí. Vamos los dos hacia él.

¡Qué atrayente es su influjo!... ¡Mírale...!; allí está! Aunque agobiado por la caída, se levanta animoso. Pero... ¿Le conoces, Madre? ¿le conoces a través de esa máscara de salivas y de sangre que le ha puesto la vileza? ... ¡Ya carga con la cruz de nuevo!... ¡Ya se acerca! ¡Te mira, oh te mira! ¡Qué expresión en sus ojos!... ¿Qué te dice, Madre del alma? Algo quiere revelarte ... mueve sus labios resecos... ¡Te llama! Eres su Madre; eres el único ser que puede llevar un consuelo a su pobre corazón, ¡Oh! ¡Que grandes, que sublimes sois las madres! ... ¡Vete, vete, Madre mía! Yo ...no me atrevo a seguirte. ¡Estoy muy sucio! ¡He sido, soy, el más ingrato, el más horrible de sus verdugos! ¿oyes?

- ¡Adiós, Madre mía! ¡Oh, sí, esto te ha dicho con sus ojos llenos de pena y sus labios llenos de amor! ¡Qué tremendo éste espectáculo! ... Ya le abrazas; ¡ya le besas en esa frente que coronó la infamia!... No ¡Cruelles! No la separéis de él...; ¡Dejadla, inicuos! ¡Es su madre...! ¡acordaos de la vuestra! ...

¡Ahora, Madre mía, ahora pídele por mí! Ahora que nada puede negarte; ahora que le tienes en tus brazos; ahora que tienes muy cerca su corazón compasivo; ahora que tus lágrimas se mezclan con las suyas; ¡ahora que eres más madre que nunca! ¡Perdón, Madre mía; perdón para mí! ...

000000

5ª Estación. - El Cirineo lleva la cruz con Jesús

V

Desfallecimiento

Tanto golpe; tanto oprobio sufrido; tanta sangre derramada; tan grandes dolores morales adoptados sin exhalar una queja; tan terrible y abrumador el peso del patíbulo; tan conmovedor el encuentro con su afligida Madre, produjeron necesariamente en la naturaleza de Jesús un acabamiento tal, una extenuación tan profunda que las fuerzas de la víctima huían a todo correr. De continuar con la cruz a cuestas, Jesús moriría antes de ser crucificado.

Con esto no contaban sus enemigos; y por eso ante la perplejidad que esta nueva fase de la Pasión les ofrecía, acabaron por obligar a un buen hombre de Cirene, llamado Simón, a que cargase con la cruz, o al menos en vista de su rotunda negativa, a que prestara al Galileo su poderosa ayuda.

No conocía Simón a Jesús, ni mucho menos a su Madre, pero con solo mirar estos dos seres tan infortunados, un torrente de luz iluminó su alma; un sentimiento nobilísimo se hizo dueño de su corazón, una fuerza oculta, misteriosa y prepotente le hizo enmudecer y, abatiendo su repugnancia primera, trocarónle en amante servidor.

¡Cuánto agradeció María tan buena voluntad! ¡Qué mirada tan dulce, tan colmada de santas promesas le dirigió! ¡Qué felicidad tan suprema encontró Simón! ¡cómo pagar de su caritativo proceder!

¡oh María! ¿qué roca no se conmoverá, si tú la miras? ¿qué fortaleza no se rendirá si tú la quieres? ¿La roca de mi corazón? ¿El castillo de mis altiveces? ¡Ah! ¡Eres tu mucha Madre para que mis rebeldías sean tan duras y tenaces! Y aunque así lo fueron, tu nunca mirarías con indiferencia la ruina mía, la espantosa ruina de no ser tuyo; y ¡oh! Por eso, por ser tu así, me ayudarás con tu ternura a poseer a Jesús, a poseerte a ti ¿verdad, Madre mía?; Sería tan infortunado sin el amor tuyo! Y esto; ¡esto no consentirás tú, Reina de los mártires! ¡No, no!

00000000

6ª Estación. Una mujer limpia el rostro de Jesús

VI

Heroísmo

Sí; heroísmo; pero un heroísmo cuyos quilates no es fácil precisar.

Hay que hundir la mirada en el fondo de los rencores más profundo de las envidia más rastreras e insensatas, y de todas las pasiones que llevan enyugadas a su carro la ceguera de la razón y la completa parálisis de la voluntad para lo bueno. Y, solo así, puédesse columbrar algo de la fortaleza que necesitó aquella mujer divinamente hermosa -a quien la tradición llama Verónica y Berenice-, para romper con todas las conveniencias sociales, y exponiendo su honor y su prestigio de ilustre dama, salir de su palacio, llegar hasta Jesús, arrancarse el rico velo que adornaba su cabeza y limpiar detenidamente con él el rostro asquerosísimo del reo.

¡Y así lo hizo!; y lo hizo impelida por un secreto impulso que dominó todo su ser y con esa sublime irreflexión que, como privilegio exclusivo, lo tienen tan solo las almas nobles.

Cuando, vuelta a su hogar, reflexionó sobre el hecho, ni ella misma dióse cuenta de su magnitud y de su hermosura; hasta que repuesta, y fijándose en el velo ensangrentado, vio estampada en él una faz nueva y a la vez dulcísima, misericordiosa, y justiciera; un rostro en que se dibujaba de modo enérgico todos los caracteres internos con que ha de presentarse en el día último a los hombres, el rostro del Juez incorruptible, que ahora marchaba al suplicio. Y cuenta un inspiradísimo poeta español, que el heroísmo de esta dama subió al punto, cuando acordándose de la Madre de Jesús, fue al Calvario en su busca para entregarla aquel recuerdo de su hijo como la única digna de poseer tan delicada prenda.

Sí; recíbela Madre mía, para que tus vayas estampando la faz augusta de tu Hijo en las almas de los que olvidaren la Pasión de Jesús y los dolores tuyos; ¡Nos hace tanta falta ver ese rostro para no sucumbir! ¡Nos hace tanto bien el que tú nos lo muestres para ser heroicos en el amor! ¡Nos es tan necesario para saber compadecerte, ¡Madre mía, y saber el sacrificio que suponen tus nunca negadas consolaciones!...

000000000

7ª Estación. - Jesús cae por segunda vez

VII

El Premio

Nuevos golpes, injurias, procacidades y desvergüenzas fueron la paga espléndida que dieron a Jesús sus enemigos como premio a la compasión de Berenice y a las delicadezas del inocente.

La acometida fue acabadísima ostentación de los sentimientos que pueden arraigar en los corazones viles. Buscad en las lenguas las palabras más estridentes, de más brutal significación; imaginad un pugilato ferocísimo para maltratar y herir; contad si podéis, todas las manifestaciones del odio más grande, y todo esto no os dará aún la idea exacta de la tormenta de oprobios que Jesús tuvo que soportar jamás soñadas cayeron sobre Jesús como lluvia de tempestad. Le necesitaba el vigor de un atleta para aguantar tanta acometida tan salvaje; y como las fuerzas d Jesús se iban extinguendo ya, sucumbió prontamente ... y el pobre ajusticiado cayó debajo de la cruz sobre la tierra ingrata.

Diera la vida su Madre por acercarse a Él y levantarle; pero ¿Cómo atravesar aquel mar de odios encrespado sin perecer inútilmente en la demanda?

Conténtate con suspirar, Madre amada: conténtate con el llanto de tus ojos. ¡Oh! ellos regarán la tierra infecunda, vivificándola con sus aguas abundosas. Ellos, sólo ellos podrán, implorando perdón, detener la justa ira del Padre, que empieza a cernerse ya sobre la erguida cabeza de los verdugos. ¡Llora, Madre mía, llora! Porque siendo yo uno de estos, si tú no me salvas, caeré confundido justamente aniquilado, a los pies de mi víctima. ¡Oh! ¡que no sea así! ¡que no sea este el premio de mi profundo dolor!

000000

8ª.- Estación. Jesús consuela a las hijas de Israel.

VIII

Jesús y los Niños

El estruendo que produjo el prendimiento y causa de Jesús oyóse en todos los hogares de Jerusalén. Bien conocidos eran los trabajos y bondades de aquel nobilísimo israelita, y por eso, ante noticia tan estupenda conmovióse más de un corazón.

Una mezcla de ternura y de curiosidad obligó a varias mujeres de la gran urbe y de los contornos ir en busca de la víctima y, según cuenta la venerable Ana Emeritch, salieron con sus niños en brazos a una de las puertas de Jerusalén, donde precisamente comenzaba la senda que conducía al Gólgota, Jesús, extenuado, marchito, exangüe, llegó hasta ellas. Cruzó sus miradas con las suyas. Vio a los niños, que mirándole compasivos, rompieron a llorar. ¡Oh! ¡los niños! ¡la gran pasión del bondadosísimo Jesús! ¡la gran debilidad de las madres! De ángeles como aquellos estaba colmada la gloria. Jamás aparece Cristo más poético y atrayente en sus maneras y en sus obras que cuando los niños son el tema de sus oraciones y el objeto de sus ternuras; ¡y como correspondía os pequeñuelos a los halagos de Jesús! Él los acariciaba; les hablaba en su lenguaje inocente; les presentaba a las muchedumbres, como ejemplares que seguir debían; y ellos se abrazaban a Él, se sentaban en sus rodillas; le interrogaban; le abrumaban dulcemente ...

Las madres son siempre agradecidas tratándose de sus hijos y Jesús llegaba a sus corazones por medio de estos ángeles. No es extraño, pues, que, al llorar los niños por su buen amiguito, las madres se conmovieran y llorarán de igual modo tanto infortunio.

Jesús conmovióse también, y las consoló con tan buena voluntad que puso en sus frases toda su alma de Redentor.

¡Oh María! ¡oh Madre amada! Siempre los hijos son la fuente más rica de las consolaciones maternas; más dentro de la sorprendente economía de nuestra rendición, la regla sufrió una excepción muy dolorosa. Tu hijo, tu hermoso hijo fue, según las profecías de aquel anciano sacerdote que te recibió en el templo, la causa de tus más acervos dolores, de tus lágrimas más amargas. Pero así tenía que ser, Madre de mi vida, para que otros hijos tuyos es, bendecidas por Jesús, tus constantes, tus inexhaustas consolaciones.

00000

9ª Estación.- Jesús cae por tercera vez

IX

El beso de Dios

¡Qué árido! ¡Qué estéril rodaba el mundo de las almas! En la inteligencia no había más que sombras; en la voluntad monstruosas depravaciones. El olvido de Dios era completo, y aun en su pueblo mismo la idea del Mesías tan lejos estaba de la verdad que ni las profecías más claras, ni las fulguraciones de la divinidad de Jesús llegaron a convencer de un modo perfecto a los sabios de Israel. ¿Qué más? ¡ni a los mismos discípulos del Redentor!

Aquel ingrato campo moral de Palestina, cultivado por las pasiones -y duras cervices dueñas de él-, no producía más frutos que los de la rebeldía en las creencias. - sembrado por corazones materializados solo ofrecía en lontananza los pingües becerros de oro que tallaron primorosamente los sueños seculares de la avaricia. ¡Oh! Tanto páramo infecundo necesitaba una lluvia en extremo fertilizante, y Jesús le regó con sus lágrimas y su sangre: necesitaba abrir su seno para recibir de un sembrador inteligente las semillas que le hicieran productivo, y para ello, el amante contacto con una fuerza omnipotente podría quebrantar su corteza dura. Ese contacto llegó. El Hijo del Eterno Padre, el Verbo de Dios, la misma Divinidad, hecha carne, a los golpes de la ingratitud, a los empellones de la envidia más incomprensible, cayó sobre el erial inculto, besó la estéril tierra, y de la fuerza generatriz de ese ósculo divino brotó el árbol gigantesco de la Iglesia de Cristo bajo cuya fronda salutífera la humanidad descansa, la humanidad vive, la humanidad contempla a María, a la Madres de ese Dios Hombre, el cual la ha constituido Tesorera de sus grandes misericordias; dones que Ella reparte a manos llenas entre los caminantes del mundo, que reposan bajo las ramas de ese árbol que el beso de su heroico Hijo hizo brotar. Oh, madre mía! ¿Que tu caridad no se agote jamás para mí!

Ooooooooooooo

10ª Estación. - Jesús es despojado de sus vestidos.

X

El mayor tormento

Allá en el monte del Olivar Jesús apuró en tres horas de meditación el amargo cáliz de los dolores; y los arroyos de sangre que bañaron todo su cuerpo demostraron bien tristemente la intensidad de los sufrimientos por los que estaba pasando su alma. Pero al sentir pesando sobre él, con todo ese verismo que presente, las amarguras que constituían el fundamento de aquellos sudores mortales de Getsemaní, la carne enflaquecida agobióse hasta gustar muy de cerca las hieles de la agonía y de la muerte.

Y, sin embargo, el mayor de los tormentos que padeció Jesús –aun siendo todos ellos tan exquisitos- no fue ni el de los azotes, ni el de los salivazos, ni el de la cruz, ni aún el de la befa y la risa de sus enemigos, universalmente calificado como la más grave injuria, y prohibida por todas las leyes humanas. No, no fue ese el mayor tormento; ... fue ... el de la desnudez.

La criatura más vil, más encanallada, siente en determinados momentos subir a sus ojos las llamaradas rojas del pudor. Imaginaos, pues lo que el alma delicadísima de Jesús padecería en aquellos instantes en que a la vista de una muchedumbre abigarrad y soez, y ante los ojos puritísimos de su Madre misma le despojaron de sus vestidos.

Y siendo esto mucho, fue aún más tremenda la pesadumbre de una idea, que en aquel mismo punto le dominó por completo la razón. ¡El hombre desnudo de toda gracia! ¡el hombre desposeído de todo mérito capaz de hacer fecunda la sangre redentora! ¡el hombre ingrato!

Jesús cerró los ojos por no ver los relámpagos siniestros, las fulguraciones vivísimas y pecaminosas de tanta infame alma. Pero los ojos de su espíritu se abrieron extremadamente por efecto natural de esa abstracción externa, y al ver las hediondeces del corrompido corazón humano, estuvo a punto de sucumbir a impulsos del asco. Y como si todo ello aún fuera poco, vio Jesús que, a través de los siglos, la humanidad engendraría ese tipo abyecto y ruin que se atreviese a mancillar la honra de su Madre.

En María, que era el fiel espejo de su amado Jesús ¿Se produciría este pensamiento) ¡Oh, no! Jesús pudo permitir en el corazón de su inmaculada Madre, el reflejo de otras penas suyas de todas las demás penas que atrozmente le atormentaron, pero esta ¡no! ¡este... jamás! Era tan enorme, que solo Dios podía soportarla sin vacilar. ¡Conténtate, ¡pobre Madre, con perdonar la ofensa sin conocerla!

0000000000

11ª. Estación- Jesús es clavado en la cruz

XI.

El principio del fin

¡Las doce son las doce del día! El sol espléndido que riela por la atmósfera azul empieza a obscurecerse. Las aves se guarecen en sus nidos. El aire en calma se transforma en brisa para continuar en ventarrón que, a largos intervalos, muge. En la cima del Gólgota se apiña la muchedumbre y guarda un silencio profundo. María y las santas Mujeres han desaparecido, para irse a ocultar en la gruta, llamada después de la Agonía. Juan y Simón de Cyrenne sienten en sus almas la persecución de una tristeza infinita, que se licúa en sus ojos, y estos miran con ansiedad angustias hacia un punto fijo del monte, donde aún nada insólito se ve. No se mueven. Una fuerza misteriosa las ha clavado en el suelo. Las trompetas levíticas comienzan a llamar al sacrificio de la tarde ... Algunos sayones hozan, más que cavan, en la dura tierra, con ese acerar intermitente y rudo, que en la garganta y en el pecho acusa las más amplias dilataciones de vigoroso pulmón. El bullicio de la ciudad en fiesta mena tan lejos y de un modo tan fatídico que hace más densa y aplastante la soledad en que parecen vivir las almas. Más de pronto brota de todos los puntos del Calvario un clamor inmenso, inarmónico y brutal, que han sido siglo tras siglo, todas las generaciones. Una carcajada seca, cruelmente sarcástica y matadora salta de un grupo de sacerdotes, fariseos y escribas ... Juan y Simón se miran horrorizada y vuelven la espalda a la cumbre; pero en aquel mismo instante ven una sombra de mujer que cruza rápidamente por delante de ellos. Reconocen a la Madre de Jesús. Quisiera detenerla, pero no aciertan más que a acompañarla, y con Ella caer de rodillas ante una Cruz que se destaca vigorosamente inhiesta en la cima.

Clavado en aquel madero infame se halla Jesús, el Maestro divino. Chorrea la sangre desde lo alto del patíbulo como si ninguna se hubiera derramado aún. La Madre y el Hijo se miran con esa melancólica ansiedad, con ese llanto de luz que brota del alma y vierte el amor cuando abraza y se despide. Pero en las miradas de Jesús llamea un deseo muy grande, muy bello para la humanidad pecadora. María entiende aquella mirada y aceptando el sacrificio que Jesús la pide queda en el mundo para ser la Madre de los verdugos de su amor ...

¿Corazón mío! Entiende esta sublimidad ... y ¡muere, si es preciso para consolar a esta Mujer heroica! ¡Es tu madre!

00000000

12ª Estación. - Jesús muere en la cruz

XII

La partida

Ni la naturaleza entristecida, imponente y mazadora que gemía en los valles solitarios, y por las fauces del huracán bramaba; ni aquel sol que, agonizando en plena brillantez, prestaba a las cosas del pálido color de la muerte, ni la luz cárdena de los relámpagos, que hedía la negrura de los cielos como disparos de una indignación omnipotente; ni aquel intenso frío que se dejaba sentir en las almas, como las gélidas caricias del remordimiento a quien la luz de la esperanza ya no alumbraba; ni la compasión de la honradez, que personificada en contados seres, daba a la tragedia el aspecto de lo enorme y horroroso; ni lo que es más el llanto la pena insondable, la agonía cruel de una Madre.- como ninguna infeliz- que abrazada al patíbulo, no tenía para los verdugos de su hijo otras frases que las del perdón ...nada, absolutamente nada de esto, fue capaz de conmover los corazones de aquellas fieras que pretendían saciarse con la sangre de la víctima. Esta, desde lo alto de la cruz, media toda la extensión del crimen, toda la magnitud del sacrificio; y para que éste llegar a lo sumo del valor y tomara todos los caracteres del verdadero holocausto, preparaba santamente su partida. Dejaba a su Madre como Madre del mortal; perdonaba a sus enemigos; salvaba eternamente a un ladrón; tenía sed de mayores sufrimientos para calmar del todo las iras del Padre; a él se quejaba dulcemente por el abandono en que, -aún muchos de sus redimidos,- dejarían sus santuario; y comprendiendo y sabiendo que las profecías todas estaban ya cumplidas; que toda prevaricación se había consumado, y que el sufrir llegaba a su término ... irguió su augusta cabeza que las espinas taladraban; levantó sus ojos al cielo; abrió sus labios reseca, y envuelta en los últimos alientos de su vida, dejó caer sobre la hirviente muchedumbre para enseñarla a morir:

- ¡Padre! ¡en tus manos encomiendo mi espíritu!

Los labios de Jesús se tornaron a cerrar; los ojos despidieron su postrera luz, la cabeza bendita cayó lentamente sobre el pecho, y el último suspiro de aquel gran corazón fue a perderse ...- ¿Dónde, Dios mío, dónde? - en lo más escondido, en el rincón más dulce y apenado del corazón de María!...

¡Guárdalo ahí, Madre adorada! ¡guárdalo para hacernosle oír en la hora de nuestra muerte!

000000000

13ª estación. Jesús es bajado de la cruz y muerto en los
brazos de su santa Madre

XIII

¡Pobre Madre!

Sí ¡Pobre Madre!; el último aliento de tu Hijo, refugiándose en tu corazón le ha desgarrado para siempre. ¡Pobre Madre!, Aquella cabeza bendita, inclinada hacia ti, pedía tu regazo para doblarse y le negaron, madre mía, este postrer alivio.

¡Pobre Madre! Los ojos de tu Jesús, entreabiertos aún suplican, con esa expresión augusta de la muerte. Que sean tus dedos quienes entorquen sus párpados, que aún gotean lágrimas y no puedes, Reina de los mártires, ¡no puedes hacerlo!

¡Pobre Madre! Ese cuerpo dislocado, contundido, sin sangre apenas, reclamó el descanso de la tumba, y no encuentras, mujer sublime, quien satisfaga este deseo ¿Dónde? ¿Dónde están los enfermos que sanó tu amante Jesús; los muertos que resucitó, los tullidos a quienes dio energía? ¿Dónde están sus discípulos, sus amados? ¿Dónde está Pedro? ¡Ah! ¡Todos le abandonaron y te abandonaron!

¡Pobre Madre! En vista de esta desolación, de esta soledad imponente, de esta ingratitud de tanto corazón desamorado, bien haces en exclamar con el profeta: - “¡Deteneos viandantes del camino de la vida, y ved si hay un dolor más grande que mi dolor!,,

Pero da treguas, Madre mía, a tanto sufrimiento. N faltan, no podían faltar corazones compasivos. ¡Ahí vienen!... ¡Ya llegan!... El cuerpo de tu hijo tendrá la más honrosa de las sepulturas; ¡pero antes necesita del abrazo tuyo para dormir en paz. ¡Ah! ¡parece que aún vive tu hijo cuando oprimes un cadáver, cuando cierras sus párpados con tus besos, cuando le hablas como si te oyen. ¡Pero, basta Madre mía, basta que el dolor te va a matar y os haces falta como la vida! ¡La vida!?si lo único que puede hacémoslo un poco hermosa eres tú, Madre del alma! ¡La vida!... no la queremos sin ti; no queremos placeres, si no están mezclado con tu cariño; no queremos consolaciones, si tú no eres la fuente de ellas; ¡no queremos morir, ni a nuestro lado no te hayas tú, ¡Reina mía, Reina de los dolores!,

0000000

14^a Estación. - Jesús es colocado en el sepulcro.

XIV

En la tumba

¡Ahí le dejas, madre amada; ahí le dejas, entregado a la custodia del silencio; a la compasión de los ángeles, envuelto en rico sudario; descansando en el seno de la misma muerte, bajo la fría losa que el más grande de los triunfos muy pronto romperá! ¿ahí le dejas! Y tú, respirando el aire infecto de esas calles que recorres, opresa y enlutada por la más brumosa de las soledades, vas trayendo a la memoria todas las escenas de ese drama que ha terminado en esa tumba que abandonas.

Atenazado tu espíritu por estos recuerdos ¿irás labrando sin querer la tumba de tus gratas ilusiones? No, Madre mía, no; esa tumba no puede labrarse, porque una tienes labrada ya en el corazón de tu Hijo; corazón que ya no palpita, pero corazón, que frío y todo, aún te da calor y vida, y tumba que vivifica, no es tumba; es fuente de energías, es foco de amores.

Tumba de mi corazón se el tuyo, Madre mía, que con sepulcro más bello y más glorioso jamás podía soñar. Arca Santa donde se guarden mis pobres arreos de perfección, mis ansias de gloria, veo tu pecho que roto por los dolores más crueles, abierto quedó también para dar entrada en él a los amores de tus nuevos hijos.

Si tus ojos, adorada Madre, fueron tumba de los míos, sus miradas tendrían siempre la placidez y la pureza que irradian de los tuyos. Si mis ansias tuvieran por sarcófago tu corazón amante, aves del cielo serían que solo en atmósfera límpida podrían aletear. Y eso serán, Madre mía; eso serán! Porque al borde del sepulcro de tu Hijo, tú te sentiste madre de los pobres pecadores como yo; y una madre no abandona, no puede abandonar a sus hijos en las soledades que labraron los infortunios, y no hay mayor soledad que la del pecado ¡Eso serán, divina Madre! Aves cuyo nido, cuyo descanso, cuyas alegrías sean tu amante corazón. ¡Oh! ¡que dulce será! ¡qué plácido el morir mío! ¡Si para servirme de tumba me aguardan tus brazos!

=====.

ORACION.

Solos nos hallamos ya, querida Madres. Recorrimos el camino del Gólgota abrazados al mismo sentimiento compasivo. Una diferencia nos separaba. Tú, siempre consoladora, dabas con tu ternura, energías nuevas a la víctima inocente; y yo aumentaba con mis pecados e peso de su cruz, Tú subías la pendiente del Calvario para ofrecer en su cima por las ingratinidades humana, tu propia sangre porque tuya era la sangre de Jesús- y yo subí al monte para recoger el fruto de ese inmenso sacrificio.

Pero no dudes, Santísima Madre, que los episodios de este camino doloroso, grabados en mi corazón con tan brava energía, no me han hecho mucho bien. No han de ir, si lo han hecho, Madre mía y te aseguro que a aumentar solamente el número de las cosas que se aprendieron. Ellos serán el acicate que espolee a mis pensamientos haciéndoles correr hacia Jesús. Ellos serán la llama viva que me alumbre en la senda oscura del vivir mío. Ellos serán los que me den confianza en las grandes tribulaciones que pudieran sobrevenirme. ¡Tanta pena sufrida! ¿tanto sacrificio! ¡No pueden, no deben, resultar inútiles! Ellos han de ser los que ya no me separarán de ti ...; en el mundo, con el corazón y el pensamiento; y con a posesión real y completa de todo tu amor ... ¡en el cielo, sí, Madre de mi alma, en el cielo.

.....

Camino del Gólgota

*Lecturas cristianas que pueden servir de meditaciones en el Santo Ejercicio del Viacrucis, si esta se hace con solemnidad. Fueron compuestas por **el P. Gilberto Blanco Álvarez. Agustino***

....

*Nota: estas lecturas se publicaron con fecha **1 de abril de 1915** en la Revista Católica: "España y América n. 7 con este título "El Camino del dolor. Reflexiones de un alma el día de viernes santo*

